

Marienthal, ¿allá lejos y hace tiempo?

Potencialidades y límites de los conceptos fundantes de la Sociología de la desocupación para los estudios latinoamericanos actuales¹

Delfino, Andrea²

Resumen

Este artículo tiene como objetivo revisar la línea de estudios sobre el impacto social del desempleo inaugurada con el informe dirigido en la década de los años treinta por Paul Lazarsfeld, asimismo explorar las potencialidades y los límites analíticos que brinda este campo teórico para el estudio de la desocupación en la América Latina actual. *Los parados de Marienthal* –tal el título del informe– es reconocido como el trabajo pionero sobre condiciones de vida de una población azotada por el desempleo en el marco de la Gran Depresión, y que suscitó los desarrollos posteriores de las denominadas “teoría de los estadios” (1938) y “teoría de la privación” (1982). Si bien la diversidad de trayectorias y de grupos sociales afectados por la desocupación distancian al escenario latinoamericano actual de la experiencia de Marienthal, el riesgo de la privación absoluta o relativa y la ausencia o fragilidad de las protecciones garantizadas por el Estado, siguen constituyendo herramientas analíticas útiles para los estudios latinoamericanos actuales.

Palabras clave: desocupación, efectos sociales,
informe sobre Marienthal, América Latina

1 Una primera versión de este trabajo –enfocada fundamentalmente en el caso argentino– fue presentada en las IV Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Argentina en octubre de 2006.

2 Máster en Sociología y Antropología. Candidata a Doctora en Humanidades con mención en Antropología. Profesora e investigadora de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Litoral, Argentina. Correo electrónico: andelfino@yahoo.com.ar.

Abstract

MARIENTHAL, A PLACE FAR AWAY, A LONG TIME AGO? POTENTIALITIES AND LIMITS OF THE FOUNDATIONAL CONCEPTS OF THE SOCIOLOGY OF UNEMPLOYMENT FOR CURRENT LATIN AMERICAN STUDIES

The aim of this article is to revise the research line about the unemployment social effect, which started with the report directed by Paul Lazarsfeld during the 30s, as well as to explore the potentialities and analytical limits that provide this theoretical field for the current Latin American unemployment study. Marienthal: The sociography of an unemployed community, as the report was titled, is recognized as the pioneering work about life conditions of a population affected by unemployment during the Great Depression and constitutes the kickoff to subsequent developments of "Stage theory" (1938) and "Deprivation theory" (1982). Although the variety of background and social groups affected by unemployment establish a distance between current Latin American situation and the Marienthal experience, the absolute or relative deprivation risk and the absence or fragility of the State to guaranteed protections, are still useful analytical tools for current Latin American studies.

Key words: *unemployment, social effects, report about Marienthal, Latin America*

1. Introducción

Las mayores investigaciones sobre el desempleo datan de la década de los años treinta, y surgen como consecuencia de la crisis económica y de los niveles de desempleo sin precedente. En ese marco, el informe de la investigación dirigida por Paul Lazarsfeld en la comunidad austríaca de Marienthal, constituyó el primer trabajo sobre el impacto social del desempleo (Kessler, 1999) dando lugar, así, al nacimiento de la Sociología de la desocupación (Sanchis, 2003).

Durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial el tema del desempleo concitó mucha menos atención del mundo académico. En esta época las investigaciones se centraron, fundamentalmente, en los efectos de los cambios técnicos, sociales y culturales en las estructuras sociales de las sociedades occidentales (Gallie y Paugam, 2000).

Fue recién hacia la década del setenta que se produjo una renovación de las investigaciones sobre la desocupación. La crisis del

petróleo, los procesos de degradación de la condición salarial, aumento de las inseguridades y de las desigualdades asociadas al trabajo marcan esta nueva fase. Finalmente, en las décadas del ochenta y noventa –en consonancia con el creciente aumento de los niveles de desocupación– se expandieron los conocimientos sobre el tema.

El objetivo de este trabajo es revisar la línea de estudios sobre el impacto social del desempleo inaugurada con el informe dirigido en la década del treinta por Paul Lazarsfeld, así como también explorar las potencialidades y los límites analíticos que brinda este campo teórico para los estudios latinoamericanos actuales sobre la problemática.

2. Los parados de Marienthal y el surgimiento de la Sociología de la desocupación

Los parados de Marienthal es el título que tomó, al ser publicado, el informe de la investigación realizada en una pequeña comunidad austríaca asolada por los efectos de la desocupación en el contexto de la Gran Depresión.³ La investigación dirigida por Paul Lazarsfeld había contado con la participación de Marie Jahoda y Hans Ziesel.⁴

En Marienthal, tal el nombre del municipio, más de las tres cuartas partes de las familias dependían de un subsidio de desempleo que no había sido concebido para hacer frente a la desocupación de

3 La edición del informe de investigación del estudio sobre la comunidad de Marienthal tuvo un derrotero singular. La edición original alemana es de 1933 y en ella no aparecen los nombres de los autores (Álvarez-Uría y Varela, 1996). Esa edición fue quemada por el nazismo (Sanchis, 2003). En 1960, se reedita en alemán y en las tres décadas siguientes se conocerán las traducciones al inglés, francés y español respectivamente.

4 El estudio es, en parte, deudor de la estrecha relación que algunos integrantes de grupo mantenían con el Partido Socialista de la época. En efecto, cuando el grupo se disponía a realizar la tarea de diseñar una investigación que tuviera como objeto de estudio las nuevas formas de organización del tiempo libre de los trabajadores, su curso fue torcido por sugerencia del dirigente del Partido Socialista Otto Bauer (Lazarsfeld, 2001). A partir de ese momento, los esfuerzos se direccionarán hacia el estudio de una comunidad golpeada en su totalidad por el desempleo. La investigación sería financiada por el Partido Socialista y los sindicatos. Para varios autores (Álvarez-Uría y Varela, 1996; Sanchis, 2003), el debate de fondo de esta investigación se encontraba en el interés de los patrocinadores en saber hasta qué punto la crisis y la desocupación masiva acelerarían la toma de conciencia de los trabajadores y pondría, así, al descubierto los mecanismos económicos devastadores de la sociedad capitalista.

larga duración. El cobro del subsidio dependía de poder demostrar un trabajo anterior y su duración máxima variaba entre 20 y 30 semanas. Con posterioridad a este período sólo existían ayudas de urgencia. Las estrategias legales a las que se podía acudir como forma de aumentar los recursos eran limitadas, entre ellas figuraban las huertas, la cría de conejos y las ayudas del ayuntamiento. El trabajo ocasional por unas pocas horas suponía la posibilidad de retiro del subsidio.

En el contexto de la Gran Depresión, y producto de la inexistencia de dispositivos de seguridad social, la experiencia de la desocupación significaba una grave reducción del nivel de vida y, más aún, la caída en un estado de pobreza absoluta (Sanchis, 2003). El tiempo actuaba agravando la situación: las ayudas públicas caducaban y los bienes de uso personal y doméstico se deterioraban.

Si bien el centro de la investigación lo constituían los trabajadores manuales desocupados, pertenecientes a una determinada rama de la industria (textil), y estudiados en un determinado momento del año, esta terminó constituyendo un estudio de toda una comunidad asolada por el desempleo. Es que uno y otro término eran prácticamente intercambiables en Marienthal hacia 1931.⁵

Los autores reconocen en la población de Marienthal cuatro tipos de comportamientos distintos, los cuales se convertirían en cuatro categorías analíticas. De esta manera, la vida en su conjunto estaría regida por los rasgos que caracterizan a las cuatro grandes categorías delimitadas:

a) *Resignación*:⁶ es el comportamiento más extendido en Marienthal. Supone una vida sin objetivos y sin esperanza, indiferente, dominada por el sentimiento de que no se puede hacer nada contra el desempleo. Sin embargo, esto se da en una atmósfera relativamente tranquila, con algunos momentos de alegría y la mirada puesta sobre un futuro en el que uno no puede

5 1.500 personas habitaban el pequeño poblado, de las cuales sólo 80 conservaban su empleo, muchas de ellas en la demolición de la fábrica que había sido el centro de la vida de la comunidad (Lazarsfeld, 1932).

6 La utilización que los autores hacen del término se aparta de su uso habitual, ya que este no incluiría la impresión de satisfacción que a veces producen en las familias que han sido calificadas como tales.

ya proyectarse. El término resignación es el que se les presentó a los autores como el más apropiado para expresar estas ambiciones limitadas, esta actitud que consiste en no esperar ya nada de la vida. En todos los casos los investigadores se encontraron con una casa bien arreglada y con los niños cuidados. En resumen, lo que permitiría definir a una familia resignada sería lo siguiente: no hay proyectos, no existe ningún tipo de relación con el futuro, no hay esperanza, y las necesidades están reducidas al estricto mínimo, reducidas a la supervivencia. En contrapartida, el hogar se encuentra perfectamente mantenido, con niños cuidados y, pese a todo, con un relativo sentimiento de bienestar.

b) *Estabilidad*: supone el desarrollo de una mayor actividad. La casa está tan bien arreglada como en las familias categorizadas como resignadas, pero las necesidades se han reducido menos, el horizonte también es menos limitado y el empuje es mayor. Los rasgos que caracterizan este comportamiento son: casa arreglada, niños cuidados, sentimiento de bienestar, actividad, proyectos y esperanza en el futuro, alegría de vivir, búsqueda de trabajo.

El *derrumbamiento* es la característica de las dos restantes categorías, pero, la forma en que se manifiesta, adopta signos diferentes en una y en otra. El derrumbamiento se expresa en el primer caso por el mantenimiento de la casa, y en el segundo por el ambiente que reina en ella.

c) *Desesperación*: categoría que apenas se distingue de las precedentes en su apariencia exterior, en lo que se refiere a vida cotidiana, pero que subjetivamente, se vive su situación de una forma diametralmente opuesta. Al igual que las familias estables y las resignadas, las familias desesperadas mantienen perfectamente arreglada su casa y se ocupan del cuidado de sus hijos. Todos estos rasgos también son característicos de las familias desesperadas, pero en estas es necesario añadir la desesperanza, la depresión, la falta de perspectivas, la sensación de que cualquier esfuerzo es inútil y de ahí, por tanto, el abandono de la búsqueda de empleo, la falta de tentativas para mejorar la vida cotidiana, y la incesante comparación con la situación anterior.

d) *Apatía*: se distinguen de las precedentes porque abandonan el menor esfuerzo para mantener el arreglo de la casa. Dejan con indiferencia que las cosas vayan a la deriva sin intentar salvar algo, por pequeño que sea, de una ruina a la que parecen asistir como espectadores pasivos y sin energías. La casa y los niños están descuidados, el ambiente no es de desesperación sino de indolencia. No hacen proyectos, la esperanza está ausente. Para los autores, la organización de la vida familiar es irracional y no está guiada para nada por la satisfacción de las necesidades vitales. Es, en esta categoría, donde se dan cita los borrachos del pueblo. La familia presenta signos evidentes de desorganización, las riñas son frecuentes. También se mendiga y, ocasionalmente, se roba. No hay ningún proyecto para el futuro, ni siquiera para los días y las horas más próximas. El dinero del subsidio se gasta en unos pocos días sin pensar para qué se vivirá después.

Los resultados de la investigación muestran una “distribución desbalanceada” (Jerabek, 2002) entre los habitantes de Marienthal. Dentro de la categoría “resignados” puede ser incluida el 70% de la población, el 23% conforman el grupo de los “estables” y finalmente un 7% pueden ser considerados “derrumbados” (de los cuales 2% están incluidos dentro del grupo de los “desesperados” y 5% dentro de los “apáticos”).

Para Lazarsfeld y su equipo, el contacto con la población dejaba, sin embargo, una impresión de resignación mucho más fuerte de la que se podría esperar de las cifras aportadas. Las vidas estables y hundidas les parecían difuminarse ante la imagen de una comunidad totalmente resignada que se contenta con mantener el orden existente sin preocuparse del futuro. Sobre el final del informe, los autores llegan a deslizar que estos diversos tipos de actitudes constituirían estadios sucesivos de un declinar psíquico, paralelo a la reducción de los recursos y de reservas. En el último de esos estadios se encontraría la desesperación y la rutina.

La construcción de estas categorías analíticas y, más específicamente la forma en que estas categorías fueron construidas, daba cuenta, de manera explícita, de uno de los objetivos centrales de la investigación, esto es la realización de una interpretación “objetiva” de la realidad. Este objetivo se lograría reduciendo al mínimo los elementos subjetivos complejos a partir de su retraducción en datos cuantificables.

Es importante tener en cuenta que, junto a las variables utilizadas para la construcción de las cuatro categorías de comportamiento, el informe aborda de manera detallada el tipo de relación que los desocupados entablan con el consumo, con el uso cotidiano del tiempo y con el futuro.

2.1. La relación con el consumo

La relación de las familias con el presupuesto es otro de los ejes de análisis que Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel abordaron en la investigación. Así, los autores pudieron observar que en tres de las cuatro categorías se organiza el presupuesto. Sin embargo, un elemento que los sorprendió fue:

...la comprobación de que incluso en los presupuestos más estrictamente establecidos se introducen siempre elementos irracionales, elementos que es difícil apreciar si son indicadores de decadencia, o si son, más bien, restos que se perpetúan provenientes de períodos de bonanza (Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel, 1996:121)

Ejemplos de esto lo constituirían los espacios dedicados a flores en huertos, la compra de ropas negras caras para un funeral, la compra de un rizador de cabello, o la compra de una reproducción de Venecia. Para los autores, estas compras pueden ser consideradas en algunos casos como actos que derivan de la nostalgia por los viejos tiempos que se han ido, y en otros como primeros síntomas de decadencia. En todos los casos lo que pondrían de relieve es la dificultad de hacer “entrar” la vida de los habitantes de Marienthal en un esquema cerrado preestablecido.

Cincuenta años, después Marie Jahoda va a retomar este análisis en su *libro Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*. La discusión de los fundamentos de la Ley de Engels le va a permitir revisar la interpretación moralizante que el primigenio estudio de Marienthal le había otorgado a las características del consumo de las familias desocupadas.

Según Jahoda (1987), aunque la Ley de Engels⁷ es un buen

7 Esta ley afirma que la parte de la renta invertida en comida aumenta en relación inversamente

indicador para hacer predicciones macroeconómicas de las tendencias generales del consumo en relación a la distribución de la renta, se apoya, al igual que gran parte del pensamiento macroeconómico, en la creencia de que la conducta orientada hacia el consumo es perfectamente racional. Para la autora, la racionalidad no domina el micromundo de la planificación económica familiar. De esta manera, asumir que los gastos en pequeños lujos se suprimen con la llegada del desempleo, equivaldría a no comprender en absoluto las necesidades humanas, una vez que se ha superado el estado en que la supervivencia física ya no plantea problema.

2.2. Cotidianeidad y uso del tiempo

La expresión “un regalo envenenado” es la que mejor podría definir la relación entre los desempleados y el tiempo en la comunidad de Marienthal a principios de los años treinta. Para Lazarsfeld y su grupo, la ruptura del vínculo de trabajo y la disminución del contacto con el mundo exterior, que esta ruptura produce, conllevan la pérdida de toda posibilidad material y psicológica de utilizar este tiempo.⁸ Al no tener nada en qué ocuparse, los desocupados tampoco emprenden nada nuevo y se deslizan lentamente de una vida reglamentada a una existencia vacía y sin coerciones.

Sin embargo, esta constatación presenta para los autores radicales diferencias en términos de género. “En Marienthal existen dos tiempos, el de los hombres y el de las mujeres”, exponen.

Aplicando la técnica del diario de actividades, los autores constataron que la utilización más frecuente del tiempo por parte de los hombres consiste en *no hacer nada*. Contrariamente a la sensación de no tener suficiente tiempo libre que obliga a pensar en cómo utilizarlo,

proporcional al tamaño de dicha renta. De acuerdo con esta ley, los desempleados pueden haber renunciado a otras necesidades vitales como combustible, ropas y alquileres, en mayor medida de lo que normalmente se haría con un presupuesto-tipo, y haber gastado más en comida.

- 8 Desde la perspectiva de Merton (1992), el interés por el tiempo social y psicológico surgió en el estudio como una derivación provisional más que como centro de un programa de investigación continuada. En la medida en que el estudio focalizaba en los efectos sociales y personales del desempleo masivo, los autores sólo habrían prestado atención de modo fortuito a las pautas personales y sociales de las orientaciones y conductas temporales, por tratarse de uno de estos efectos.

la sensación de tiempo libre totalmente ilimitado convierte en inútil cualquier horario. Aquello que se podría hacer antes del desayuno, también se puede hacer después de comer, o a cualquier otra hora; y el día transcurre sin que finalmente se haga. Ni los escasos horarios establecidos pueden ser respetados. La puntualidad no tiene sentido desde el momento en que ya no existe ninguna obligación que haya que cumplir necesariamente. En este esquema, las largas horas dedicadas al sueño, son vivenciadas como algo vergonzoso.

Esta observación contiene para Merton (1992) una fuerte raíz durkhemiana en tanto conduce a la noción sociopsicológica de lo que podría describirse como los efectos anómicos del “tiempo ilimitado”:

Está muy claro que esta observación asume que la cantidad de “tiempo libre” es una variable significativa que afecta a las pautas de conducta del individuo (Merton, 1992:289).

La única ocupación realizada por los hombres de Marienthal, de una forma casi regular, es la recogida de la leña, el trabajo en la huerta y eventualmente la cría de conejos. Es decir, todas actividades relacionadas con la subsistencia material.

Sin embargo, este esquema de organización de la jornada diaria no es verdad más que para los hombres. La centralidad femenina en el proceso de socialización primario y su responsabilidad en la realización del trabajo doméstico no remunerado al interior del hogar, imprime en las mujeres adultas de Marienthal una jornada cargada de actividades. El trabajo femenino tiene un sentido, cuenta con muchos puntos de referencia, con obligaciones y funciones regularmente establecidas.

A las mujeres les gustaría volver a la fábrica, a pesar del suplemento de trabajo que esto supondría, y ello no solamente por razones materiales: la fábrica amplió sus horizontes, enriqueció su vida social, y esto es algo que ahora echan de menos. Sin embargo, a diferencia de los hombres, las mujeres desempleadas no han perdido la noción del tiempo.

El grupo de investigadores pudo constatar que se produjo otra modificación en el ritmo de la vida: los domingos y los días de fiesta han perdido su significación. En el terreno económico los fines de semana y de mes se han visto substituidos por el pago quincenal de

los subsidios de desempleo. El ritmo semanal sólo tiene sentido ahora para los estudiantes, un sentido que en cierto modo se transmite a su familia. El cambio de estación, sin embargo, es vivido ahora de forma mucho más intensa que antes.

La conclusión a la que arriba el informe es que la vida en la comunidad de Marienthal parece haberse decantado hacia una apreciación más primaria y más indiferenciada del tiempo. Esta “degradación sensible de la percepción del tiempo” supondría la pérdida del papel de estructurador de las actividades cotidianas que en otras épocas cumplía el tiempo. La nueva situación ya no se integra en el esquema temporal preexistente: a un mundo más pobre en acontecimientos y en estímulos, corresponde una percepción más empobrecida del tiempo.

2.3. Perspectiva de futuro y desocupación

Según el informe de investigación, los relatos más corrientes que la gente proporciona sobre su propia vida traslucen la ausencia de proyectos de largo plazo. Pocas personas formulan proyectos concretos y nadie hace la menor tentativa para llevarlos a la práctica. En realidad, se trataría más bien de deseos que de verdaderos proyectos. Los adultos realmente no tienen proyectos que les interesen sobre el futuro.

Para Lazarsfeld y su grupo, esta actitud se explicaría fácilmente por las dificultades casi insalvables con las que se encuentra la menor tentativa individual de mejora material. Y puesto que los habitantes no pueden tener más que una influencia modesta e indirecta sobre una eventual mejoría colectiva, la pequeña ciudad obrera de Marienthal vive en pleno declive.

En este contexto la gente va perdiendo poco a poco sus tradiciones obreras y profesionales. Viven el hecho de ser desempleados como una marca de pertenencia a un grupo social específico. Este hecho se manifiesta menos en los más jóvenes quienes tienen todavía reciente el recuerdo del oficio que han aprendido, o en los de más edad, en los que las tradiciones profesionales se encuentran profundamente arraigadas. El riesgo de pérdida de la mentalidad obrera parece afectar más al grupo intermedio que ya había sido arrancado de su trabajo durante la Primera Guerra. Para Kessler (1999), la identidad obrera en Marienthal se estructuraba fundamentalmente en torno a la idea de valor: valor de los conocimientos y valor de la experiencia profesional. Este sería

el punto de anclaje de la identidad obrera antes de la emergencia del Estado de Bienestar. De este modo, la desvalorización de uno y otro elemento supondrían la pérdida de la confianza identitaria.

3. Los desarrollos teóricos derivados del estudio de Marienthal: la teoría de los estadios y la teoría de la privación

El trabajo de investigación de Marienthal constituyó el impulso inicial para una serie de estudios posteriores que se concentraron en las implicancias sociales de la experiencia de la desocupación. A continuación revisaremos dos de los desarrollos teóricos derivados de la investigación dirigida por Lazarsfeld, la “teoría de los estadios” (1938) y “teoría de la privación” (1982) que siguen siendo considerados marcos útiles para el análisis de la experiencia del desempleo.

3.1. La teoría de los estadios de Eisenberg y Lazarsfeld

Surgida en el contexto de una década que intentaba describir el proceso psicosocial por el cual transitaba un desempleado, la denominada *teoría de los estadios* de Eisenberg y Lazarsfeld, desarrollada en un artículo publicado en 1938, se va a centrar en las etapas de la experiencia de la desocupación. En este sentido, el análisis de los autores se focaliza en realizar una asociación entre la pérdida involuntaria del empleo y sus efectos de malestar psicológico, en correlación con los cambios que tienen lugar en las relaciones interpersonales. El artículo, más que contener una perspectiva novedosa, suponía la condensación de reflexiones que ya había comenzado a ser desarrolladas en el informe de Marienthal de 1933 y en el artículo publicado por Lazarsfeld y Zawadski en 1935, el cual analizaba 57 autobiografías de trabajadores desempleados de Varsovia.⁹

Para Eisenberg y Lazarsfeld el derrotero del desempleo se

9 A partir de este análisis se establecen seis etapas en la reacción ante el desempleo. Miedo y angustia son la respuesta inicial, seguida por una situación de insensibilidad y apatía que va gradualmente dejando paso a cierta adaptación y a un esfuerzo por encontrar empleo. A medida que la inutilidad de tal esfuerzo se vuelve aparente, la esperanza se debilita. A esto le sigue la pérdida completa de toda esperanza que poco a poco se convierte en apatía o en aceptación serena de la situación (Jahoda, 1987).

caracteriza por tres etapas. Primero, se produce un shock, que es seguido por una búsqueda activa de trabajo, durante la cual el individuo se muestra todavía optimista, manteniendo una actitud estable. Luego, cuando los esfuerzos no dan frutos, el individuo se vuelve pesimista, experimenta ansiedad y sufre un fuerte malestar: este es el estado crucial. En tercer lugar, el individuo se vuelve fatalista y comienza a adaptarse a su nuevo estado, acusando una fuerte disminución de sus expectativas y objetivos, adoptando una actitud resignada.

Estudios realizados en las décadas de los años sesenta y setenta concluyen que el proceso que se desencadena frente a la pérdida de trabajo y desempleo prolongado, presenta una estructura similar al modelo descrito por Eisenberg y Lazarsfeld. Para Kessler (1999), más allá de las críticas realizadas posteriormente, se sigue considerando a la teoría de los estadios un marco útil para el análisis de la experiencia del desempleo.

3.2. La teoría de la privación de Marie Jahoda

Si bien no desaparecen, los estudios sobre la desocupación y sus efectos, sufren un relativo aletargamiento desde la posguerra hasta inicios de los años ochenta. Para ese momento, el resurgimiento del desempleo es innegable. Es, justamente, de la mano del aumento de los índices de desocupación que se produce el incremento de las investigaciones orientadas a analizar sus causas, medir su impacto y evaluar sus efectos. Sin embargo, el contexto histórico se encuentra ahora profundamente reformulado. Junto a las transformaciones económicas y políticas se produjeron cambios en los valores, aspiraciones, deseos, miedos, necesidades y creencias de la población.

Cincuenta años después del trabajo en la comunidad de Marienthal, la investigadora Marie Jahoda, quien no sólo había participado de aquella experiencia, sino que además había sido la encargada de redactar el informe final, retoma la problemática haciendo énfasis en la pérdida de las funciones sociales y psicológicas del trabajo (Price, Friedland y Vinokur, 1998).

Para Jahoda (1987), el impacto de los cambios no está restringido a la experiencia del desempleo, haciéndose notar en todos los aspectos de la vida moderna, especialmente en el empleo, que sigue siendo la situación en la que se encuentra la inmensa mayoría de la población.

Dado que las condiciones de empleo del mundo moderno son el punto de referencia con el que los desempleados comparan su situación de vida actual, parecería razonable pensar que un aspecto no puede discutirse sin tener en cuenta el otro.

Partiendo de esta premisa, Jahoda elabora la denominada “teoría de la privación” (deprivation theory), la cual va a ser desplegada en su libro *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*, cuya edición original data de 1982. Para Kessler (1999), la “teoría de la privación” constituye uno de los aportes más significativos para el estudio de la desocupación de todas las épocas.

Desde la perspectiva de Jahoda, el empleo posee dos tipos de funciones. Además de la “función manifiesta” de proveer de ingresos, el empleo cumple con cinco “funciones latentes” o categorías de experiencia. Ellas son: 1) la imposición de una estructura temporal, 2) la expansión del ámbito de las experiencias sociales hacia áreas donde las relaciones no conllevan tanta emotividad como la vida familiar, 3) la participación en los objetivos y esfuerzos colectivos, 4) la asignación de un status y de una identidad en virtud del empleo y 5) la necesidad de realizar una actividad regular.

Estas cinco categorías de experiencia amplia, identificadas por Jahoda a partir de un análisis del desempleo como institución, tendrían el carácter de obligación para la inmensa mayoría de las personas que están empleadas y derivarían, necesariamente, de la estructura formal del empleo:

Proporcionar estas categorías de experiencia no es la finalidad del empleo como institución social; su razón de ser es la de proveer de bienes y servicios a la comunidad, con el objetivo básico de obtener un beneficio. Sin embargo, como consecuencia no intencionada aunque inevitable de sus propios propósitos y organización, el empleo viene a imponer estas categorías de experiencia en todos aquellos que toman parte en él. Mientras los desempleados deben ingeniárselas por sí mismos para encontrar experiencias que encajen dentro de estas categorías, y sufrir las consecuencias si no lo logran, a los que están empleados estas experiencias les vienen dadas. Lo que les preocupa no es la categoría, sino la calidad de la experiencia que conlleva esa categoría (Jahoda, 1987:63)

Desde esta perspectiva, existirían otras instituciones que imponen sobre las personas que participan en ellas una o más de estas categorías de experiencia; pero ninguna de ellas las combinaría todas con el respaldo de un motivo tan convincente como puede ser la necesidad de ganarse la vida. Así, en la medida en que estas categorías se han convertido en necesidades psicológicas en el mundo moderno, su carencia hará sufrir a los desempleados, a no ser que encuentren, gracias a sus propios esfuerzos deliberados, alguna forma alternativa de satisfacerlas.

Derivado de este planteamiento, las evidentes consecuencias del desempleo en términos de pobreza se entrelazarían con otras conexiones no tan fuertes o menos evidentes. Dentro de ellas, la más importante de las consecuencias producidas por la súbita aparición del desempleo, es la inevitable pérdida de la estructura temporal habitual para las horas en que uno está despierto (Jahoda, 1987:41).

En las sociedades industrializadas modernas, son las instituciones públicas las que configuran el tiempo. El sistema escolar, la familia y el empleo –marcado por la necesidad de fichar al principio y al fin de la jornada laboral– constituyen ejemplos de la rigidez de las estructuras temporales en las sociedades industrializadas. Cuando estas estructuras desaparecen, como en el caso del desempleo, su ausencia plantea un importante problema psicológico. Los días se alargan cuando no hay nada que hacer; el aburrimiento y la pérdida de tiempo se convierten en algo cotidiano, sobre todo, una vez que se ha superado el shock inicial y se ha abandonado la búsqueda de empleo por considerarla inútil.

Según Jahoda, es evidente que no existen obstáculos externos que impidan a los desempleados organizar su propia estructura temporal para dedicarse a sus pasatiempos, o a otro tipo de actividades interesantes, al margen del empleo convenido contractualmente. Es un *problema psicológico* el que se encuentra en la raíz de la pérdida de una estructura temporal habitual para la enorme mayoría de los desempleados. Culparles por la falta de capacidad para utilizar el tiempo de una forma satisfactoria carece de sentido, equivaldría a pedirles que, sin ayuda de nadie, derrocaran el sistema de normas sociales coercitivas en el que todos vivimos y que proporciona un marco de referencia en el que los individuos pueden dar forma a sus vidas personales. En cualquier época sólo una pequeña minoría ha podido prescindir de él (1987:43).

La experiencia temporal de los desempleados, a menudo comparable a la de los jubilados, incluso en los casos en que estos no sufren privaciones económicas, no debería considerarse como ocio. Las horas de ocio no son un sustituto, sino un complemento de las horas de trabajo, ya que gran parte de su atractivo les viene dado por su escasez (1987:43).

Sin lugar a dudas, la perspectiva desarrollada por la autora la ubica en franca discusión con los planteamientos teóricos que se enfocan en el papel alienante del trabajo. De esta manera, el debate se establece en torno a decidir si la falta de las categorías de experiencia debidas al empleo es “mejor” o “peor” que las experiencias negativas que se dan en dichas categorías en algunas condiciones de empleo. Lejos de suponer que sólo los desocupados son los que viven la experiencia de la frustración, Jahoda asevera que este sentimiento no se debería –en el caso de los trabajadores– al vacío y a la falta de experiencias que conlleva estar sin trabajo, sino a la calidad negativa de las experiencias que se tienen en el empleo. Así, la comparación directa de estos dos tipos de experiencia se presenta dificultosa, dadas las diferencias cualitativas que presentan, por lo que lo único que se puede decir con seguridad es que ambas son “malas”, cada cual a su manera.

Para Jahoda, a menos que se mantenga que todo empleo deshumaniza, la demostración de que también existe una patología social en condiciones de empleo relativo, no puede tomarse como una prueba de que las consecuencias de las malas condiciones de empleo sean peores que las del desempleo. Basándose en relatos de desocupados, la autora concluye que el desempleo constituye la peor experiencia desde un punto de vista subjetivo.

Sin desconocer las profundas transformaciones que se experimentaron desde los años treinta en Europa y en Estados Unidos, fundamentalmente, la autora considera que el desempleo sigue ocasionando dificultades económicas a la mayoría de los individuos y sus familias. Pero, mientras en el período de la Gran Depresión los desempleados sufrían una experiencia de privación absoluta, en la actualidad esa privación es relativa. No obstante el menor grado de privaciones físicas y mayor nivel de aspiraciones existente en los países centrales hacia la década de los ochenta, estas condiciones no han podido romper en muchos casos el vínculo entre pobreza y desempleo,

por lo que no es posible determinar con exactitud si las respuestas psicológicas provocadas por el desempleo se deben a uno u otro de estos factores.

4. Algunas herramientas para el análisis de los efectos sociales de la desocupación contemporánea en América Latina

A partir de la Modernidad el trabajo se constituye, no sólo en la base principal de la cual se derivan las condiciones materiales de vida de la población y el sustento, al cual se ligan las protecciones contra la inseguridad, sino también en una base fundamental de reconocimiento social (Castel, 1997). A este concepto de trabajo asalariado propio de la sociedad industrial va a estar indisolublemente unida la noción de desempleo.

En este sentido, el significado del desempleo tiende a presentar importantes variaciones de acuerdo con el grado de industrialización, el desarrollo económico y las tradiciones laborales propias de cada sociedad. A pesar de este contexto de diversidad, es posible plantear que la caída en el desempleo conlleva una alta probabilidad de pérdida de status, y de un sentimiento de fracaso, especialmente, si se extiende por un periodo prolongado (Gallie y Paugam, 2000).

Sin embargo, entender las nociones de trabajo asalariado y de desempleo a partir del vínculo indisoluble que las constituye como tales, no supone desconocer la gran variedad y cantidad de situaciones de trabajo que se apartan del trabajo considerado como típico en las sociedades industrializadas; es decir, no supone desconocer la expansión e intensidad de formas de trabajo que se apartan del modelo de trabajo estable, a tiempo completo que aseguraba derechos y protecciones. La proliferación de situaciones de inseguridad laboral erosiona y desdibuja la nítida oposición entre empleo y desempleo. Para amplios sectores de la población la intermitencia laboral —esto es, la constante combinación de desempleo y trabajo precario— desdibuja aquella frontera modernamente construida. Los “trabajos degradados se convierten en trabajos degradantes” (Sanchis, 2003).

Contemporáneamente, no sólo es fundamental resaltar la segmentación y diversificación de las situaciones tanto de trabajo

como de no-trabajo, sino también poder dar cuenta de estas situaciones mediadas por diferentes variables tales como el tipo de responsabilidades que el individuo tiene en el hogar, el tiempo que hace que está desempleado, su trayectoria en el mercado de trabajo y otras. En este marco, la diversificación de las vivencias relacionadas con el trabajo asalariado supone también la diversificación de las vivencias en el mundo del desempleado.

Las relecturas que se hicieron en Europa en los últimos años del estudio de Marienthal (Álvarez-Uría y Varela, 1996; Gallie y Marsh, 1992; Sanchis, 2003) señalan tres elementos en los que sería necesario tener suma cautela para la extrapolación de las conclusiones del estudio a la situación actual.

La primera de ellas es que la investigación se centraba de manera exclusiva en el desempleo obrero; la segunda se refiere al hecho de ser Marienthal una comunidad relativamente cerrada y sumida en un desempleo absoluto. Finalmente, en la década de los años treinta el desempleo suponía un fuerte deterioro de las condiciones materiales de existencia. Estas situaciones se encontrarían alejadas de la experiencia europea contemporánea.

Una serie de factores sugieren que las condiciones en las cuales se despliega el desempleo a fines del siglo XX y principios del XIX son diferentes de las imperantes en el período de entreguerras. Estas diferencias estarían dadas tanto por cambios en el contexto en que se desenvuelve el desempleo como también por cambios en el contexto en el que se desempeña el empleo (Sanchis, 2003).

En Europa, el crecimiento del excedente económico, de la productividad del trabajo y del Estado de Bienestar hicieron posible que aproximadamente dos tercios de la población vivan sin trabajar, que el tiempo de trabajo sea una parte cada vez más pequeña del tiempo total de vida, que el mayor valor otorgado a las horas libres hagan más fácil a las personas adaptarse a una vida sin empleo y que, finalmente, se relajara la estrecha relación en otro tiempo existente entre desempleo y pobreza (Gallie y Marsh, 1993; Sanchis, 2003).

En este sentido, y desde la perspectiva de Gallie y Paugam (2000), el nivel de financiamiento de las compensaciones por desempleo tiene un efecto importante sobre la experiencia del desempleo. En aquellos

países europeos donde hay altos niveles de sustitución de los ingresos por relativamente largos períodos, los desempleados tienen más posibilidades de vivir en condiciones similares a las que tenían cuando trabajaban. Además, es posible que el grado de estigmatización social al que pueden estar sujetos sea menor si existen pocos signos visibles de su pérdida temporaria de posición. De hecho, el desempleo de largo plazo ha tenido un lugar central en las políticas sociales europeas, incluso el sistema de beneficios sociales es central para la definición misma del desempleo en la medida en que se considera desempleado a todo aquel a quien el sistema de seguridad social reconoce como tal con el propósito de obtener beneficios (Bayón, 2003).

Tal como señala Bayón (2003), junto a la señalada disminución de la dependencia del mercado como forma de evitar la destitución económica (desmercantilización) es importante señalar un segundo proceso que confluye en la misma dirección: la importancia de las provisiones sociales por parte del Estado mediante las cuales el peso de las responsabilidades familiares tienden a socializarse (desfamiliarización) facilitando la participación de los miembros de la familia en el mercado de trabajo.

Así, y como consecuencia de los procesos de mejora sustancial de los niveles de vida de todos los ciudadanos en Europa, se reduce el riesgo de la privación absoluta –noción utilizado en el informe de Marienthal– y se convierte en más razonable la utilización del concepto de privación relativa –acuñado por Jahoda en la década del 80. En este sentido, más allá de la mejora en las condiciones materiales de existencia, el desempleo continúa privando a los individuos de aquellas categorías de experiencia que contribuyen a dar sentido a la vida.

Con el propósito de volver sobre uno de los objetivos de este trabajo, es necesario que nos preguntemos si estas mismas cautelas deben ser atendidas para el estudio de los efectos de la desocupación en la América Latina contemporánea.

En primer lugar, es importante tener en cuenta que las características históricas del mercado de trabajo latinoamericano –en el cual la economía informal de subsistencia ha tenido una presencia importante– hacen que la utilización de determinadas categorías excluyentes restrinja el espacio de análisis. En este sentido, la forma en que las categorías trabajo (y más aun, empleo) y desempleo fueron utilizadas y desarrolladas por la tradición teórica que se inicia con la experiencia de Marienthal, actúan

como mutuamente excluyentes y estarían vedando el espacio ocupado por aquellas situaciones caracterizadas por la intermitencia laboral.

En América Latina, donde la precariedad laboral amenaza a una porción creciente de la población y distintos grupos sufren alternativamente el desempleo, se presenta como cuestionable la utilidad de una división tajante entre ocupados y desocupados. En este sentido, el desempleo aparece como un indicador de trayectorias laborales signadas por la precariedad, trayectorias en las cuales la desocupación es una de sus manifestaciones pero no la única.

Es importante sumarle a esto, la diversidad de sujetos afectados por la precariedad laboral y la desocupación. Los desocupados de la Gran Depresión eran fundamentalmente obreros adultos hombres. Si bien este sigue siendo el núcleo de la fuerza de trabajo activa y del sistema productivo (Salvia, 2002), es fundamental diversificar la mirada, incorporando al análisis la experiencia de los jóvenes, mujeres y mayores. Es juntamente en este punto, donde se centró buena parte de la actualización de la problemática que realizó Jahoda al inicio de la década de los ochenta.

No obstante, el estrecho vínculo que el estudio sobre Marienthal encuentra entre pobreza y desempleo, y que en las relecturas europeas se presenta como una limitación, o mejor como un rasgo del pasado, en el caso latinoamericano toma la forma de una posibilidad analítica de total actualidad. En nuestro continente los mecanismos de protección social para los desempleados han sido históricamente débiles o inexistentes, presentando además una escasa significación económica. Es, justamente, la escasa significación económica del beneficio lo que hace que en muchas oportunidades este deba ser necesariamente complementado con algún trabajo informal. El mercado actúa, así, ocupando el espacio dejado libre por las políticas públicas y por el Estado (Kessler, 1999).

Pero –y de forma clara– no sólo es el mercado el que va a ocupar el lugar dejado vacante por el Estado. Las profundas transformaciones en las funciones y servicios provistos por los estados latinoamericanos asociadas a los cambios sin precedentes en el mercado de trabajo en las últimas décadas, dan lugar a un creciente proceso de retorno a la familia –fundamentalmente– pero también a las organizaciones de base territorial como refugios y reaseguros del bienestar de las personas.

Ambos espacios se presentan como únicas opciones ante la falta o la insuficiencia de trabajo, y la disminución o ausencia de servicios estatales.

La necesidad de provisión de bienes o servicios en el espacio doméstico y/o en las organizaciones comunitarias barriales ante la imposibilidad de obtenerlos a través del mercado o ante la falta de la provisión estatal, conllevan la necesidad de realizar mayores aportes de tiempo. El aumento de la carga global de trabajo no remunerado junto a las formas de vida sedimentadas en las costumbres y convenciones sociales no tienen, sin embargo, los mismos efectos entre los hombres y las mujeres. Así, este proceso *reactualiza* un elemento central señalado en el informe de Marienthal: la permanencia, en los desocupados, de un uso diferencial del tiempo en términos de género.

Tanto en el informe de la década de los años treinta, como en investigaciones posteriores durante los años ochenta y noventa, fue señalado que el retorno de los varones a la esfera privada significa, por un lado, un cuestionamiento de la identidad de proveedor principal y, por el otro, una mayor dificultad para organizar la temporalidad ante la inexistencia del hábito de organizar una rutina diaria en el interior del hogar. La situación de las mujeres es diferente, su reacción al desempleo depende de la naturaleza del hogar y de la estructura familiar. Una serie de investigaciones han constatado que buena parte de las mujeres otorgan al trabajo remunerado un significado que va más allá de la obtención de ingresos. En ese sentido, el desempleo implica una pérdida de un espacio “fuera del hogar”. Sin embargo, en caso de las mujeres, los efectos negativos asociados al desempleo serían menores. Las peores condiciones de empleo y la alternativa de refugiarse en el rol doméstico constituyen algunos de elementos que permiten explicar esta situación.

5. A modo de cierre

La situación latinoamericana caracterizada por altos niveles de exclusión del mercado de trabajo junto a la inexistencia o debilidad de los mecanismos de protección social para los desempleados, presenta similitudes con la “cuestión social” del período de la Gran Depresión en Europa y en los Estados Unidos. Sin embargo, la situación no es idéntica, fundamentalmente, por tres razones.

La primera de ellas refiere a las transformaciones en el aparato del Estado. Hacia la década de los años treinta en Europa y en los Estados Unidos, las instituciones básicas del Estado de Bienestar aún no estaban desarrolladas. Contrariamente, la situación latinoamericana actual se asienta sobre un desmontado aparato del Estado de Bienestar. Aun cuando éste ha tenido características particulares en la región (al punto que algunos autores prefieren denominarlo proto-Estado de Bienestar) y heterogéneas al interior del continente, lo cierto es que la experiencia neoliberal supuso en términos generales el debilitamiento de los programas sociales universales y públicos. El nuevo escenario se caracteriza por poner el eje en los programas de transferencias condicionadas como estrategias para enfrentar la pobreza y la exclusión. Sin embargo, los bajos montos de las transferencias son incapaces de sacar a las familias de la pobreza con lo cual sus resultados han sido nulos, o en el mejor de los casos modestos. La “trayectoria de la curva” que han experimentado las instituciones del Estado en uno y otro lugar, marca la diferencia entre las dos situaciones. Más allá de esto, ambas situaciones comparten la relativa incapacidad de los sistemas de brindar protección social efectiva a sus miembros en contra de los riesgos. Esta situación reactualiza de manera pavorosa el vínculo entre desempleo y pobreza habilitando el uso de la noción de privación absoluta.

La segunda razón que es necesario mencionar, es que los desocupados actuales constituyen un heterogéneo conjunto de hombres adultos que han perdido su trabajo, jóvenes que salen a la búsqueda de su primer trabajo, mujeres adultas que ingresan o reingresan al mercado y jubilados que buscan complementar sus jubilaciones o pensiones producto de su insuficiente monto. El universo que se presenta es, entonces, más complejo y heterogéneo que la situación descrita en el informe sobre Marienthal, en el cual los desocupados eran fundamentalmente hombres adultos.

La tercera razón que distancia ambos contextos está dada por la extensión de la situación de inseguridad entre los trabajadores. Esta situación expande –de forma paradójica– la posibilidad de aplicar el concepto de privación relativa incluso en determinados grupos de trabajadores ocupados. En la actualidad, una serie de autores acuerdan en que dicha noción sigue aportando elementos interesantes pero no sólo para el análisis de las situaciones de desempleo, sino de las situaciones en la que viven todos aquellos –incluso los trabajadores ocupados– privados de las categorías de experiencia que contribuyen

a dar sentido a la vida. Es decir, la falta de las categorías de experiencia no se daría sólo por el desempleo sino también por las características de empleo en el postfordismo.

Más allá de la “influencia formativa” (Cole, 2007) que ha tenido el estudio dirigido por Paul Lazarsfeld sobre las investigaciones del desempleo en las ciencias sociales, el informe también ha constituido un verdadero hito en los estudios de uso del tiempo. En este sentido, el interés por el tiempo social y psicológico que mostró el informe potenció una serie de encuestas, estudios e investigaciones que comenzaron a tener como objetivo construir la evidencia empírica que permita dar cuenta de las desigualdades –constitutivas de las relaciones de género como de las relaciones que presiden una sociedad de clases– al proporcionar elementos que den cuenta del tamaño y del alcance de esas diferencias.

Este elemento –escasamente explorado en las investigaciones sobre el desempleo en las ciencias sociales– brinda una variable doblemente útil. Por un lado, porque la percepción del tiempo (tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo) está condicionada por la concepción de trabajo que los agentes poseen, por el lugar que ocupa en la vida de cada uno, y por las expectativas creadas en torno a él. Adicionalmente, permite la comprensión de los procesos de jerarquización de las actividades cotidianas brindando una herramienta valiosa para dar cuenta de la duración de los diferentes tipos de actividades, sus ritmos y secuencias, así como también, el contexto social en el cual esas actividades son desarrolladas

Bibliografía

- ALVAREZ-URÍA, F. y VARELA, J. (1996). Presentación. El efecto Marienthal. En: P. Lazarsfeld, M. Jahoda y H. Zeisel, *Los parados de Marienthal*. La Piqueta, Madrid.
- BAYÓN, M. C. (2003). La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina. En: Revista *Perfiles Latinoamericanos*. FLACSO, México.
- CASTEL, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- COLE, M. (2007). Re-thinking unemployment: a challenge to the legacy of Jahoda et al. En: *Sociology*, Vol. 41, No. 6, pp. 1133-1149.
- GALLIE, D. y MARSH, C. (1992). The experience of unemployment. En: D. Gallie, C. Marsh y C. Vogler, *Social change and the experience of unemployment*. Oxford University Press, Nueva York.
- GALLIE, D. y PAUGAM, S. (2000). The experience of unemployment in Europe: the debate. En: D. Gallie y S. Paugam, *Welfare regimes and the experience of unemployment in Europe*. Oxford University Press, Nueva York.
- JAHODA, M. (1987). *Empleo y desempleo. Un análisis socio-psicológico*. Morata, Madrid.
- JERABEK, H. (2002). Marienthal: the beginnings of Lazarsfeld's empirical sociology in Central Europe (research into a community with high unemployment). En: *Review of Sociology*, Vol. 8, No. 1, pp. 113-137.
- KESSLER, G. (1999). El impacto social del desempleo. Aportes de la experiencia internacional. En: *Revista Socialis*, No. 1. Buenos Aires.
- LAZARSELD, P. (1932). An unemployed village. En: *An International Quarterly of Psychodiagnostics and Allied Studies*. Character and Personality, septiembre-junio, Vol. 1, No. 2, pp. 147-151.
- (2001). Memoria de un episodio en la historia de la investigación social. En *REIS*, No. 96, octubre-diciembre, pp. 235-296 (Edición original: 1968).
- LAZARSELD, P.; JAHODA, M. y ZEISEL, H. (1996). *Los parados de Marienthal*. La Piqueta. Madrid (Edición original: 1933).
- MERTON R. (1992). Las duraciones esperadas socialmente: un estudio de caso sobre la formación de conceptos en sociología en Ramos Torres, R. (Comp.), *Tiempo y sociedad*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y Siglo XXI Ed., Madrid (Edición original del artículo: 1984).

PRICE, R. H.; FRIEDLAND, D. S. y VINOKUR, A. D. (1998). Job Loss: Hard Time and Eroded Identity. En: Harvey, J. H. (Ed.), *Perspectives on Loss: a Sourcebook*. PA: Taylor & Francis. Philadelphia.

SALVIA, A. (Coord.) (2002). Estudios diacrónicos de varones beneficiarios del seguro de desempleo y pago único. En: Documentos de Trabajo N° 31, Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

SANCHIS, E. (2003). La experiencia de paro. En: *Política y Sociedad*, Vol. 40, No. 1, pp. 161-183.